

Por una economía sostenible

JORDI SEVILLA

EL MUNDO - MERCADOS - 15.11.09

En el tiempo en que se han publicado los primeros cien números de Mercados y, en parte, gracias a ellos, hemos aprendido muchas cosas sobre nuestra economía, por ejemplo, que no podemos seguir basando nuestro crecimiento en pautas de funcionamiento que se agotan provocando crisis recurrentes.

Un modelo de crecimiento no se define por los sectores económicos predominantes, sino por los modos de crecer, por la manera en que combinamos los factores productivos, aunque algunas pautas se adaptan mejor a unos sectores que a otros. La última fase alcista de nuestro ciclo, el período que se inicia en 1994 y acaba con la crisis actual, se basa en la cantidad y en el precio. Crecimos, porque incorporamos más trabajadores (absorbemos el paro anterior y a los inmigrantes) que incrementaron el consumo privado y más inversión, gracias a la caída del precio del dinero (tipos de interés vinculados al euro) y del precio de la mano de obra (moderación salarial).

Cantidad y precio determinaron el auge, a costa de la productividad y de la competitividad que empeoraron durante todo el periodo. Crecer así, se agota en sí mismo y por eso debemos transitar hacia otro modelo basado en la calidad, la eficiencia, el valor añadido y el talento, como nuevas pautas hegemónicas más duraderas, que deben implantarse en todos los sectores. No hacer las cosas más baratas, sino mejor.

El Gobierno ha dicho que quiere promover este cambio mediante la Ley de Economía Sostenible y todo el mundo se pregunta: ¿Qué es una economía sostenible? Como los expertos no se ponen de acuerdo en una respuesta, propongo definir economía sostenible como aquella que se sostiene por sí misma sin caerse, a lo largo del tiempo; es decir, aquella capaz de reproducirse, garantizando a las generaciones futuras las condiciones de su crecimiento.

Para que ello sea posible, debe mantener, también a lo largo del tiempo, una relación equilibrada entre: producción y recursos naturales y producción y consumo.

Todo acto de producción utiliza recursos naturales finitos y al hacerlo, modifica su situación. El consumo, por su parte, es lo que estimula la producción en una relación dinámica. Mantener los equilibrios no significa, necesariamente, un estado estacionario de crecimiento cero y menos, de decrecimiento como se está proponiendo desde algunos sectores. De hecho, una economía sostenible sin paro, debe ser compatible con un crecimiento positivo, es decir, con la obtención de un excedente a partir de un output superior al input.

La condición de sostenibilidad la dará, en esas circunstancias, una alteración controlada de las condiciones iniciales, entendiéndose por tal aquella que no empeore el estado de ambos equilibrios hasta el punto de romper la capacidad del sistema para reproducirse a largo plazo.

Podríamos decir que una Economía Sostenible se situará entre un mínimo de modificación de las condiciones iniciales de recursos naturales y un máximo tal de alteración que haga ciertamente inviable, en algún

momento, el seguir produciendo. En esas condiciones, existirán varios puntos de equilibrio entre ambos extremos donde podamos situar una economía sostenible. Hacerlo en un punto o en otro del intervalo de posibilidades, es una decisión social a partir de la consideración de varios elementos.

El equilibrio entre producción y recursos naturales finitos estará determinado, sobre todo, por el estado de la técnica en cada momento. Sólo ella será capaz de encontrar nuevos yacimientos, mejoras en la utilización eficiente de los mismos, sustitución por recursos artificiales, etc. El concepto moderno de recursos naturales debe incluir todo lo relacionado con el medio ambiente (contaminación, tratamiento de residuos...) siendo el cambio climático un punto de desequilibrio que se situaría más allá del máximo de alteración compatible con una economía sostenible. Dicho de otra manera, buscar una economía sostenible nos obliga, hoy, a desplazarnos hacia una sociedad con menor consumo de carbono (incluido el carbón nacional) con una prioridad y urgencia tal que además de efectuar esfuerzos en las negociaciones internacionales de Copenhague en busca de un Kyoto II, hay que replantearse a nivel nacional algunas cuestiones como la energía nuclear.

Por su parte, el equilibrio entre producción y consumo está determinado por la distribución social de la renta (dado que las propensiones al consumo varían según el nivel de renta y según sea mayoritario el consumo público o el privado) y por el conjunto de reglas y hábitos de consumo hegemónicas en un momento dado (nivel y tipo de consumismo).

Para una tecnología dada, la cantidad de producción puede ser excesiva en un momento, en el sentido de romper el equilibrio con los recursos naturales. De igual forma, para una distribución de la renta y unas pautas de consumo dadas, el consumo puede forzar una producción desequilibrante e insostenible. Pero una modificación en la tecnología, en la distribución de la renta o en las pautas de consumo generales, incrementará el campo de posibilidades de tener una economía sostenible, en la medida en que ampliarán la distancia entre el máximo y el mínimo deterioro tolerable.

Actuar en la dirección de conseguir una economía sostenible exige, por tanto, hacerlo sobre tres vectores transversales claves: el tecnológico (eco-innovación), la composición y calidad del consumo (eficiencia energética, productos reciclables, distribución de la renta) y la cantidad del consumo (consumo responsable).

Con esos objetivos, la magnitud de la tarea es tal, que hacerlo, excede las capacidades de todos los estados. Si no se involucra a la sociedad civil y al mundo empresarial en un rediseño de responsabilidades entre una nueva administración y un nuevo sector privado, como está impulsando la ONU con su iniciativa Pacto Mundial, será imposible llevar al terreno de lo real las decisiones legales y normativas que se puedan alcanzar en la esfera política. Abordar en serio estos problemas, como la lucha contra el cambio climático, exige una nueva cogobernanza que supere las tradicionales formas de relación entre los ámbitos públicos y privados.

Esa es la ambición transformadora con la que debe plantearse, para las próximas generaciones, un modelo de crecimiento basado en una economía sostenible.